

# Los dos pilares de la vida noble y feliz

Antonio Medrano

Para vivir de forma realmente humana, para que nuestra vida discurra de manera correcta, plena, satisfactoria, sana, libre y feliz, estamos obligados a proyectarla, a construirla y cincelarla con el mayor esmero, poniendo nuestra mejor voluntad en ello. Tenemos que construir doblemente nuestra vida y nuestra persona, y hacerlo de forma paciente, continua y tenaz. No podemos desertar de esta tarea.

Cada cual debe tomarse muy en serio esta labor, que sólo él o ella puede llevar a cabo. Es su responsabilidad ineludible. Nadie puede hacerla por nosotros. En nadie podemos delegar a la hora de vivir, de recorrer nuestro camino y de hacer nuestra vida.

¿De qué medios o instrumentos disponemos para construir nuestra vida y nuestra persona como es debido, con garantías de que lo estamos haciendo bien y no nos vamos a equivocar ni perder en el empeño? ¿Cuáles son las armas que hemos de emplear para salir victoriosos de tan ardua empresa? ¿En qué elementos podemos poner nuestra confianza y sobre qué pilares podemos edificar de forma segura nuestra obra?

## 1. Los dos pilares de la vida humana

Dos son los pilares, columnas o fuerzas sobre los que podemos y debemos asentar nuestra vida. Dos pilares fundamentales, incommovibles e invencibles, con los que tendremos garantizada la correcta ordenación o edificación de nuestro existir personal. Dos pilares con un poder tan formidable e irresistible que, mediante su eficaz ayuda, seremos capaces de vencer todos los retos, problemas y dificultades que encontremos a lo largo del camino que vamos a emprender.

Son los dos pilares que constituyen el eje de coordenadas de la vida noble, la vida personal plenamente lograda y feliz: **la inteligencia y la bondad**. O, también **la razón y la voluntad**, y, en una perspectiva más profunda y elevada, al menos en lo que respecta al primer término del binomio, **la sabiduría y el amor**.

Dicho con otras palabras: el Intelecto y la Voluntad, la coherencia lúcida y la sana afectividad, el entendimiento y el impulso enérgico, la claridad mental y la cordialidad, la agudeza lógica y la sensibilidad o emotividad (por supuesto, una sensibilidad o emotividad vigorosa y rectamente encauzada). Es decir: por un lado, un *logos* implacable e insobornable en la aplicación de su luz intelectual (con toda la lógica y la metalógica que se deba), **una mente clara**, abierta a la verdad y a la realidad, dispuesta a ver las cosas tal como son, sin engaños, deformaciones ni subterfugios; y, por otro lado, **una buena voluntad**, una voluntad capaz de querer y decidir no sólo con energía sino además en la buen dirección, un corazón inclinado a amar, un alma sensible capaz de vibrar con la armonía y belleza del Cosmos, una voluntad fuerte dispuesta a abrazar el bien y a obrar en consecuencia, actuando en todo momento de manera responsable y haciendo el bien sin mirar a quién.

Desde una perspectiva superior, donde decimos “inteligencia” podemos decir sabiduría y donde decimos “bondad” podemos decir amor. La inteligencia, cuando se utiliza y cultiva correctamente, a medida que se va ejercitando y poniendo en práctica en la vida cotidiana, va creciendo y desarrollando sus mejores posibilidades, convirtiéndose finalmente en **sabiduría**. Al funcionar como es debido, dentro de su orden y con arreglo a las normas a las que debe atenerse, se abre a una facultad superior, que es el Intelecto, la Razón trascendente, la Supra-Mente o Mente suprarracional, el *Nous* de la doctrina platónica, la *Buddhi* de las doctrinas orientales, que es justamente la sede de la Sabiduría, el saber que está por encima de todos los saberes. Lo mismo ocurre con la bondad, la cual, conforme se va expandiendo, al conectar con sus raíces más hondas, se abre al Amor divino, el Eros de la filosofía helénica, que es la fuente de todo **amor**.

He aquí los dos pilares, pivotes o columnas que nos permitirán hacer bien nuestra vida, construirla y edificarla sobre sólidos cimientos. Dos pilares firmes y potentes, de la mayor eficacia y contundencia, que van inseparablemente unidos, que se exigen y apoyan recíprocamente. El uno no puede existir ni funcionar bien sin el otro. Si uno desapareciera, se desmoronara, se debilitara o viniera a menos, el otro quedaría dañado de forma irremediable, degenerando, deformándose y dejando de ser lo que es o debiera ser.

## 2. Significado y función de estos dos pilares

**La inteligencia** significa visión penetrante en el mundo de lo real, capaz de desentrañar sus conexiones y las leyes que lo rigen, siendo apta posteriormente para aplicarlas de modo práctico y aprovecharlas así con vistas al dominio de las circunstancias y al propio crecimiento personal.

La inteligencia se manifiesta como lucidez, sensatez, buen juicio, sagacidad, clarividencia, cordura, apertura mental, imaginación creativa, capacidad para aprender, aptitud para conocer y entender las cosas, racionalidad o racionabilidad (habilidad para razonar, criterio para dar razón de las cosas y disposición para adoptar una actitud razonable), destreza para captar la verdad y acertar en los asuntos, habilidad para dar o encontrar sentido, facilidad o prontitud para reflexionar, idear y pensar con rigor, teniendo su cima o expresión culminante en la sabiduría, la sapiencia, el saber contemplar sabiamente la realidad.

**La bondad** significa dulzura, ternura, blandura cálida y fuerte, suavidad en el trato, talante abierto y comprensivo, lo cual se traduce en una inclinación a hacer el bien, a buscar el bien tanto propio como ajeno, a entusiasmarse por todo lo que es bueno, recto, justo, auténtico, noble y bello. Si la inteligencia se expresa como lucidez y sabiduría, la bondad se manifiesta como amor, caridad, compasión, empatía y simpatía, amabilidad y sensibilidad (capacidad de sentir con los demás y de ser impresionado por cualquier cosa valiosa o digna de atraer la atención de un alma noble), y también como moralidad, actitud ética, rectitud, virtud, decencia, probidad e integridad, conducta justa y cabal.

Si **la sabiduría** viene a ser la forma suprema de la inteligencia, la luz superior que la ilumina y orienta, **el amor** es la base y esencia misma de la bondad, la fuerza que la hace posible, el resorte que sostiene y mueve el buen ánimo o ánimo bueno. La persona sabia y amorosa, que va derramando sabiduría y amor en torno suyo, será ciertamente una persona inteligente y buena. Y qué duda cabe que, con esas dos poderosas palancas vitales, será también una persona noble, feliz, moral y anímicamente sana, que sabrá disfrutar de su vida y sacarle el máximo provecho.

Con respecto a la sabiduría conviene, antes de seguir adelante, hacer una importante precisión conceptual. Hay que distinguir **la sabiduría como dato subjetivo**, referido a la realidad interna de una persona, pues se trata de un profundo saber que se presenta como don o virtud del sujeto, y **la sabiduría como hecho objetivo**, como cosa externa, como riqueza o patrimonio sapiencial que está siempre ahí a nuestra disposición para ser conocido y asimilado, para que nos enriquezcamos con él.

En el primer caso, al hablar de la sabiduría nos estamos refiriendo a una **cualidad personal**, algo que se posee o se ha conquistado, un atributo que distingue a una persona permitiendo calificarla de “sabia”. Atributo o cualidad que hace referencia al conocimiento hondo y elevado al mismo tiempo que la persona en cuestión ha llegado a conseguir a lo largo de su vida; un conocimiento que se manifiesta y hace patente en su comportamiento y su manera de actuar, en su forma de pensar, de hablar y hasta de gesticular. A este significado de la palabra “sabiduría” apuntan las dos primeras acepciones que de la misma nos da el DRAE: “conducta prudente en la vida o en los negocios”; “conocimiento profundo en ciencias, letras o artes”.

En el segundo caso, tenemos la Sabiduría en su significación de **doctrina sapiencial** --así, por ejemplo, lo que suele llamarse “Sabiduría universal”, como sinónimo de “Doctrina tradicional”--, conjunto de enseñanzas de origen suprahumano y de naturaleza superracional que hablan de los más diversos aspectos, niveles y dimensiones de la realidad: desde la doctrina metafísica o el saber sobre la Divinidad a la cosmología, la antropología, la mitología, la simbología y el resto de las ciencias sagradas, incluyendo también las aplicaciones de estas últimas, como puedan ser el rito, las artes, la moral y las normas de vida. Se trata de una serie de enseñanzas, doctrinas y orientaciones que los seres humanos han de escuchar, aprender y hacer suyas para iluminar su inteligencia y llegar a poseer el don o virtud de la sabiduría.

Sin la luz de la Sabiduría la inteligencia humana no podrá desarrollar al máximo todas sus posibilidades. Sin esa luz que es más que humana, que es trascendente e intemporal, las facultades intelectuales del ser humano no llegarán a la cima sublime en la que tocan el nivel suprarracional de la intuición o visión espiritual, donde resplandece la luz del Intelecto o Razón trascendente, reflejo directo en el ser humano de la Razón divina, de la Inteligencia o Intelecto de Dios, órgano por consiguiente de la más alta sabiduría. Facultad puramente espiritual, que está más allá de lo anímico o psíquico, para entrar en una dimensión suprahumana, y que dada su naturaleza espiritual es infalible en su funcionamiento.

### 3. El eje de coordenadas de la vida

Si representamos cuando hemos dicho con la forma de un eje de coordenadas --o sea, dos líneas que se entrecruzan por su centro, una vertical y otra horizontal, para formar la figura geométrica de una cruz de brazos iguales--, la inteligencia y la sabiduría constituirían el eje vertical, mientras que la bondad y el amor podríamos verlas representadas por el eje horizontal. Tendríamos así ante nosotros la figuración simbólica de lo que podríamos llamar el eje de coordenadas de la vida, el sistema axial que da orden, paz, armonía y sentido a nuestra vida.

Desde este punto de vista, **el eje vertical es el polo lumínico**, el rayo de luz que descende desde lo alto y hace posible la visión, la línea uránica y solar que alumbra la vida, el faro luminoso que se yergue vertical sobre la horizontal de la tierra para orientar al navegante, la luz de la verdad, el criterio axial que equilibra y afianza las cosas, la voz jerárquica y normativa que, al tiempo que ayuda a ver, ordena, manda y prescribe, muestra por dónde hay que ir, dice lo que hay que hacer y aclara lo que está bien y lo que está mal (lo que es correcto o incorrecto). **El eje horizontal**, en cambio, **es el polo ígneo y activo**, la línea de la acción justa y recta, el impulso o movimiento realizador que va a derecha e izquierda para abarcar todas las posibilidades de lo real, la fuerza volitiva que ejecuta sobre el plano existencial lo indicado por el eje vertical luminoso; viene a simbolizar los brazos que se abren para actuar, emprender y luchar, pero también para acoger y abrazar.

Tenemos pues, por un lado, **la perpendicular** que, cual **rayo del Sol o flecha de Apolo** (el dios solar helénico, personificación de la sabiduría), atraviesa la realidad haciéndola inteligible y poniendo orden en ella. Por otro lado, **la línea horizontal** que simboliza tanto **el fuego**, que se extiende con fuerza irresistible a lo largo y ancho de un terreno para incendiarlo todo (en este caso, se trataría del incendio amoroso y entusiasta), como **la superficie de las aguas** del mar, con sus olas acariciantes y siempre en movimiento. En este último símbolo, nos encontraríamos con las aguas y el oleaje, siempre activo, del Océano de Amor que es el Universo, *Prem Sagar* según la doctrina hindú (en sánscrito: *Prema* = Amor; *Sagar* = Océano), pues en él se manifiesta el Amor divino de su Creador.

En este diagrama simbólico el verdadero eje, el que sostiene el equilibrio del conjunto, es la línea vertical, esa línea de luz y de claridad que se corresponde con la sabiduría, con la verdad y la iluminación intelectual. Es ella la que mantiene en su sitio a la línea horizontal, haciendo que se mantenga recta y bien centrada, que no se desvíe de su rectitud ni se incline indebidamente hacia un lado o hacia otro.

La inteligencia y la bondad, la sabiduría y el amor, son los cimientos de la auténtica libertad. Sobre ellos, como sobre una base sólida y firme, se alza la vida libre, la vida noble, la vida aristocrática a la que todos estamos llamados. Así lo hacía notar Filón de Alejandría cuando afirmaba que “todo hombre bueno es libre”, mientras, por el contrario, “el hombre malo es siempre esclavo”. “Ningún necio e insensato es un hombre libre, aun cuando sea un Crespo, un Midas o el mismísimo Gran Rey en persona”, proclama el gran sabio y místico judío. Sólo podremos vivir libremente si nos esforzamos por crecer en inteligencia y bondad, en sabiduría y amor.

#### **4. Luz y calor del vivir humano**

Echando mano de una terminología muy común en todas las culturas y tradiciones espirituales, podemos los dos polos, el intelectual y el volitivo, el sapiencial y el afectivo-amoroso, con los dos símbolos de la luz y del fuego, tan importantes en la simbología tradicional, lo que es tanto como decir en el lenguaje de la Sabiduría universal.

**La inteligencia y la sabiduría son la luz** que nos muestra el camino que hemos de recorrer, la luz que guía nuestros pasos. Nos dicen cómo hemos de proceder en los distintos momentos, quehaceres y asuntos de la vida; nos indican la manera de hacer las cosas para que todo salga bien, para no equivocarnos, para no fallar ni errar, para no desviarnos de nuestra meta última.

**El amor y la bondad constituyen el fuego**, la llama, la energía, la fuerza, el elemento cálido y fogoso que nos pone en marcha, que nos hace buscar con ahínco lo que necesitamos y debemos buscar, que nos lanza hacia adelante para lograr aquello que anhelamos, que nos da las armas para vencer en los combates de la vida, que nos permite no desfallecer ni rendirnos nunca, que nos impulsa a afrontar y superar con éxito todos los obstáculos, dificultades y contratiempos que vayamos encontrando a lo largo del camino. Siempre bajo la orientación y la directriz superior de la inteligencia sabia.

En el fuego del amor y la bondad son forjadas las armas y la armadura con las cuales podremos vencer en el gran combate de la vida. Es en la lumbre del hogar u horno de fundición que mantiene encendida la fuerza amorosa donde se pondrá al rojo el hierro de nuestra naturaleza para ir adquiriendo más tarde forma, solidez y potencia en el yunque que los transformará en acero heroico bajo los golpes del martillo de la voluntad, de la tenacidad y el buen hacer. Siendo dirigida toda la operación por el saber artesanal que lleva consigo la Sabiduría, la *Sophía*, que se define justamente en las más diversas tradiciones, desde la griega a la hebrea y desde la hindú a la japonesa, como artesanía del vivir, como destreza en la forja de la vida.

**La luz y el calor son las dos fuerzas que hacen posible la vida** en la Naturaleza. Las dos fuentes o formas de energía que sostienen el Cosmos. Una planta necesita luz y calor para poder vivir, para crecer y desarrollarse de forma saludable y vigorosa. En la vida anímica y espiritual de los seres humanos esas dos fuerzas dadoras de vida se presentan bajo dos formas más elevadas pero igualmente poderosas: la luz de la inteligencia y la sabiduría, por un lado, y el calor del amor y la bondad, por otro (esa calidez que hace a las cosas y las personas amables, entrañables, atractivas, llenas de encanto).

El ser humano necesita de ambas cosas para poder vivir como tal ser humano y llegar a la plenitud de su ser. La planta interior de su alma y su espíritu no puede germinar ni crecer adecuadamente si le falta una de estas dos fuentes de energía, la cálida o la luminosa, la afectiva o la intelectual. **La vida humana no puede desenvolverse** de forma justa, madura y saludable **en la oscuridad y la frialdad**. No podemos vivir en un ambiente tenebroso y gélido, en el que no hay luz ni calor. Un ambiente en el que, por no haber ni lo uno ni otro, el aire está enrarecido, lleno de impurezas y miasmas. No nos es posible crecer ni sentirnos a gusto en tal clima. Nuestra naturaleza lo rechaza, le repugna, y por eso nos quejamos al vernos encerrados en una atmósfera semejante. Cuando nos vemos obligados a vivir en un clima tan inhóspito sentimos que nos asfixiamos, que se apaga la vida en nosotros y vamos muriendo poco a poco. La salud se resiente, sufrimos indeciblemente, nos angustiamos y nos deprimimos, nos invade la ansiedad o nos volvemos irascibles y agresivos,

El forjarse, como tantos seres humanos suelen hacer, una atmósfera vital oscura y fría, calinosa y glacial, en la que no entran ni la luz de la sabiduría, o al menos la luz de la inteligencia y la razón, ni tampoco la calidez del verdadero amor, del afecto y el respeto mutuo, de la amistad y la cordialidad, resulta inhumano. No hay nada más inhumano, más cruel y estúpido, que forzarse uno a sí mismo a vivir en semejante penumbra gélida, en la que uno queda aterido, triste, desorientado y confuso, forzando también a los demás que con uno conviven a sufrir las consecuencias de tan tóxica y deprimente atmósfera.

## **5. La norma: frialdad intelectual y calidez afectiva**

Es importante constatar que, por su misma naturaleza, y por su manera de operar o funcionar, **la inteligencia es fría**, como lo es la luz. Y como lo es también la sabiduría. Debe captar, observar, analizar y juzgar fríamente las ideas, los hechos, los sucesos y las situaciones que se le ofrecen. Debe tratar de ver la realidad sin apasionamiento.

**El amor, en cambio, es cálido**, fogoso, ardiente, férvido, como lo es también la bondad. Bondad y amor sienten con pasión, ponen calor en lo que ven y en lo que hacen. Responden de forma calurosa, encendida y apasionada a lo que se les presenta o tienen ante sí. Estando animada por el fuego del afecto, por la inclinación hacia lo que es valioso y por la fuerza del deber, no pueden ni deben actuar de otro modo.

**Ambas fuerzas**, ambas formas de actuar o de encarar la realidad, la intelectual y la amorosa o bondadosa, **se complementan** a la perfección. Ese es el orden natural, justo y normal: frialdad en el ver, en el conocer y reconocer, en el entender y comprender; calor en el amar, en el querer y el anhelar, en el obrar y actuar vital, cuando se decide y se lleva a la práctica lo que la inteligencia ha visto. Esa debería ser la norma en nuestro vivir cotidiano, el criterio normativo a seguir en todo momento, pues es el criterio de normalidad y racionalidad.

**El problema surge cuando se invierten los términos:** cuando hay calor en el plano intelectual y frialdad en el plano emotivo, amoroso o volitivo. Cosa que tantas veces ocurre en la vida cotidiana. Se piensa y se juzga de manera acalorada, mientras que se reacciona con gélido desinterés ante cosas o situaciones en las que habría que poner amor, entusiasmo y pasión. Eso constituye un desorden que no puede sino acarrear muchos males. Si la inteligencia funciona de forma apasionada y la capacidad amorosa permanece apagada y fría, las cosas no podrán ir precisamente muy bien.

Una inteligencia recalentada por el fanatismo, por la pasión desenfrenada o por un amor mal entendido, por los celos o por el miedo, por prejuicios o preferencias partidistas, no podrá funcionar bien, no podrá ver la realidad de manera clara y objetiva, juzgará y pensará mal, Y, por supuesto, no tendrá acceso jamás a la sabiduría. Una emotividad yerta, impávida, frígida, sin temperatura ni palpito, no podrá llegar a sentir el verdadero amor ni a experimentar la auténtica bondad. Una voluntad congelada, débil, abúlica, indecisa, inestable o inconstante, sin fuego, sin garra y sin energía, no podrá sostener ni secundar a la inteligencia, para realizar lo que ésta haya visto o intuido.

Jaime Balmes lo expresa con su habitual maestría: “La razón es fría, pero ve las cosas claras: démosle calor, pero no le quitemos la claridad. Las pasiones son ciegas, pero dan fuerza; démosles dirección sin quitarles fuerza”. Como advierte el filósofo catalán, cada cosa tiene que estar en su sitio, cada una de nuestras facultades tiene que ser fiel a su naturaleza específica y hacer bien su función. “Cuando el hombre descuida alguna de sus facultades, es un instrumento al cual le faltan cuerdas; cuando las usa mal, es un instrumento desafinado”.

Si quieres que tu vida esté bien orientada, que se mueva en la libertad y se oriente hacia la plenitud, procura que tu mente funcione con la fría claridad exigible a un ser inteligente. Que no la nuble el fanatismo, el partidismo, la ofuscación, una irracionalidad desbordada, la obsesión egocéntrica ni ningún desorden afectivo. No pretendas tener siempre razón o que la razón y la verdad estén siempre de tu lado. Que te guíe siempre la lucidez de una inteligencia y una razón bien despiertas, bien cultivadas y adiestradas, que sepan juzgar con frialdad, serenidad y objetividad. Pon el mayor empeño en que tu manera de ver las cosas sea ecuánime, imparcial, limpia y clara, sin apasionamiento, sabia, penetrante y certera.

Pero, al mismo tiempo, haz que se encienda en tu alma el calor del amor y la energía de la voluntad buena y fuerte. No permitas que se adueñen de ti, ni que se infiltren en tu ser anímico, la frialdad emotiva, el desamor, la insensibilidad, la flojedad de ánimo, la indiferencia, la desgana, la duda o la indecisión, la apatía o la abulia paralizante, el escepticismo incapaz de entregarse y comprometerse. Que dentro de ti, junto a la luminosidad de la inteligencia y la claridad de la razón, surja el vigoroso impulso que proporciona el entusiasmo. Da aliento en tu persona y en tu vida a la pasión sana que despierta y moviliza energías, que nos lleva a hacer cosas grandes y escalar altas cumbres. Fomenta en tu persona la fina sensibilidad, la amabilidad y la compasión que te hacen salir de ti mismo, la empatía y la simpatía que van ligadas a la alegría de vivir.

## 6. Conocer para amar y amar para conocer

*Nolens volens*, querámoslo o no --*nolente o volente*, como dicen los italianos--, tenemos que hacer nuestra vida. Y hacerla con el mayor esmero, con todo cuidado, poniendo toda la carne en el asador. Estamos obligados a ello por imperativo vital, por ley de vida. No podemos evitarlo. Y para hacer nuestra vida no contamos con armas mejores ni más potentes que la inteligencia y la bondad, la sabiduría y el amor, la razón y la voluntad. Unidos, actuando en coordinación, ambos poderes, el intelectual con su luz y el amoroso o emotivo-volitivo con su calor, ímpetu y energía, son capaces de transformarlo todo. Tienen una potencia increíble.

Todos, para poder vivir dignamente y hacernos personas, necesitamos tanto la luz intelectual, el resplandor que ilumina y despierta nuestra mente, como el calor del afecto, del cariño, de la amabilidad y la ternura. Necesitamos la luz que nos permite ver, conocer, entender y comprender el mundo en que vivimos. Pero necesitamos también amar y ser amados, querer y ser queridos, dar amor y recibirlo. Aunque muchos crean poder prescindir de tales cosas, nuestra más profunda naturaleza busca sentir el calor que vivifica, el fuego que despierta la pasión, el acicate cálido que entusiasma e incita a hacer grandes cosas.

Necesitamos tanto la voluntad que quiere apasionadamente (queriendo con pasión a alguien con quien se siente vinculada o algo en lo que tiene puesto su ideal), la voluntad que quiere y se decide con fuerza, el *Wille* que se empeña y se compromete con valentía (que quiere comprometerse, que ama el compromiso y los retos), como la emotividad o sensibilidad capaz de amar todo lo que es digno de ser amado, capaz de emocionarse por lo que tiene verdadero valor, por todo aquello que vale la pena y es digno de atraer nuestra atención, por todo cuanto pueda dar sentido a la vida (desvelar, poner o crear sentido en ella).

Para todo ser humano es fundamental ver con claridad y nitidez la realidad. Conocerla y comprenderla a fondo, de manera objetiva, sin ofuscación ni fanatismo, sin sombras ni engaño, sin deformaciones ni tergiversaciones. Es lo primero que necesita, pues sin ello no podrá aprender a vivir, tropezará sin cesar y fracasará en lo que más importa. La recta y justa visión de las cosas es la primera condición para acertar en cualquiera de las acciones o actividades que nos propongamos emprender.



**Necesitamos conocer y comprender la realidad para poder amarla.** Pero al mismo tiempo **necesitamos amarla para poder conocerla y comprenderla.** Sólo se ama lo que se conoce, y sólo se conoce lo que se ama. Es el círculo virtuoso del amar-conocer. Tenemos que abrazar la realidad con una mirada a la vez inteligente y amorosa, sabia y tierna, para poder fundirnos con ella, conocerla a fondo y penetrar así en sus secretos y misterios. Una mirada penetrante, serena y relajada, que no deforme ni violenta la realidad, como tantas veces ocurre, sino que la acaricie y respete.

El amor afina y agudiza la visión. La fuerza emotiva, afectiva y volitiva, sobre todo cuando se manifiesta en forma de entusiasmo, ilusión y vibración creativa, hace que crezca sensiblemente nuestra capacidad visual. Vemos las cosas con más claridad y vemos más de lo que antes veíamos. Somos capaces de ver más allá del límite hasta donde llega la mirada ordinaria, viendo más de lo que los demás ven. Gracias a la calidez del amor que alumbra y enciende nuestra mente bondadosa nuestra visión se afina hasta tal punto que, unida a nuestra imaginación creativa, llega a hacernos visionarios. Una de las cualidades del líder: su capacidad visionaria.

Emprendamos, pues, sin tardanza, con presteza, con decisión e incluso con entusiasmo, esta aventura cognoscitiva y afectiva, intelectual y emotiva, pues nos va la vida en ello. Y hagámoslo empezando por nuestra propia realidad personal, que es lo que ante todo hemos de mirar de forma inteligente y amorosa, para proyectar después a la realidad que nos rodea esa misma mirada amorosa, inteligente, comprensiva y respetuosa, deseosa de conocer todo bien y a fondo, amándolo todo de forma sincera y generosa. Sólo así podremos llevar a cabo una acción creadora, renovadora y transformadora sobre esa realidad en la que estamos instalados y en la que se desenvuelve nuestra vida. Sólo así podremos cambiar el mundo en el que vivimos forjando un mundo mejor, más acorde con nuestros ideales, principios y convicciones.

La tarea de limpiar, purificar y afinar la visión intelectual resulta prioritaria, pues de ella dependerá todo lo demás. Incluso para amar verdaderamente, para amar bien y como es debido, mi capacidad amorosa y afectiva ha de ser guiada por la luz y la visión de la inteligencia. Aun reconociendo la importancia capital que tiene el amor, como fuerza forjadora de vida y como pilar fundamental de la vida noble, se impone reconocer que sin la luz de la sabiduría, de la inteligencia y de la razón el amor se desvía llevado por el ímpetu mismo de los sentimientos, de la pasión y de la fuerza emotiva. El amor mal entendido suele degenerar en manifestaciones aberrantes, como son por ejemplo los celos, el amor posesivo que anula al otro, la violencia hacia la pareja o el suicidio ante una crisis sentimental (el llamado “suicidio por amor”, que fue tan extendido en la época del Romanticismo).

Para amar en verdad, de manera correcta y sana, necesito ante todo saber lo que es realmente el amor, conocer las leyes o normas que rigen la vida amorosa y someter mi comportamiento a esas leyes y normas. Todo lo cual únicamente será posible si pongo en acción mi inteligencia y me abro humildemente a la luz de la Sabiduría, rectificando en consecuencia todo aquello que haya de ser rectificado en mi manera de ser, en mis actitudes y hábitos, en mi forma de ver las cosas y de comportarme. Y lógicamente, resulta indispensable que vea todo ello con claridad.

Para vivir con plenitud, de forma digna, noble y feliz, tengo por tanto que cultivar con esmero y con el más exquisito cuidado esas dos columnas de mi ser personal que son la visión intelectual (la mirada clara de la inteligencia) y la capacidad de amar, esta última inseparablemente unida a la bondad. Únicamente tendré una vida satisfactoria si vivo de manera inteligente y bondadosa, sabia y amorosa. Para poder sacar fruto de la vida, para disfrutar realmente de ella, tengo que dejarme guiar por la luz de la inteligencia, escuchando la voz de la sabiduría y atendiendo también a lo que me dice mi conciencia, la voz de mi corazón; esto es, el susurro callado de mi bondad innata, la cual se halla en consonancia con mi inteligencia o, mejor aún, con mi más alto Intelecto.

## 7. La voz de la Sabiduría universal

¿Qué nos dice a este respecto la Tradición unánime de la Humanidad, la Sabiduría universal o Filosofía perenne? ¿Cómo enfoca esta importante cuestión el milenario legado sagrado y sapiencial de la Humanidad?

Todas las doctrinas y tradiciones espirituales coinciden en resaltar la importancia de estos dos elementos --el intelectual y el afectivo o, según la otra perspectiva, el sapiencial y el amoroso y compasivo--, que suelen ser destacados como los constitutivos esenciales de la naturaleza humana.

Ya la filosofía platónica nos presenta como dos ejes sobre los que ha de asentarse la vida humana, por un lado, la razón, la inteligencia, el *Nous*, que es “el ojo del alma”, cuya función y misión es la visión de las ideas, y, por otro lado, el amor, el *Eros*, que se perfila fundamentalmente como “amor al bien” y que constituye la fuerza que mueve al ser humano a hacer todo aquello que es realmente valioso, permitiéndole realizar lo que la visión de la razón le ha mostrado. Platón pondrá, por otra parte, buen cuidado en subrayar que los impulsos instintivos y emocionales deben estar en todo momento bajo el gobierno de la razón, que es el elemento dirigente dentro del alma humana.

En una línea similar, aunque con un evidente descenso de nivel, Aristóteles pone especial énfasis en subrayar la necesidad de que dentro del alma humana la parte racional se halle en perfecto equilibrio y armonía con la parte irracional, afectiva, volitiva o desiderativa, aquella que quiere y desea, pues sólo así puede el hombre gobernarse y dirigirse a sí mismo, condición indispensable para lograr la felicidad. El querer, sostiene el filósofo ateniense, ha de estar siempre guiado por la razón, por el *logos*, que es el que nos muestra el fin al que debemos tender, así como el camino para alcanzarlo. No en vano, afirma Aristóteles, “el ser de cada hombre consiste en la razón”, y por eso el justo ama esta parte de sí mismo más que cualquier otra. Afectividad y racionalidad, deseo e inteligencia, han de marchar al unísono, pero bajo el mando del *logos*, que es el que permite al hombre alcanzar la sabiduría, la *sophía*.

En la **tradicción budista** se insiste en la necesidad de combinar las virtudes fundamentales de *prajna*, la sabiduría, y *karuna*, la compasión. Estos son los dos pilares básicos de la disciplina budista, en los cuales se manifiesta la verdadera naturaleza humana: el primero va referido a la parte intelectual, a la visión de la realidad, y el segundo nos remite a la dimensión emotiva y sentimental. Hay que hacer notar que, para la doctrina búdica, decir “compasión” es tanto como decir amor, bondad y generosidad capaz de abarcar a todos los seres, mientras que “sabiduría”, en la terminología budista, viene a ser equivalente de mente clara y lúcida capaz de ver las cosas tal como son, y no como una desearía que fueran (que es lo que hace la mente dominada por la ignorancia).

**Prajna y karuna**, Sabiduría y Compasión --o *Bodhi* y *Maitri*, Despertar y Bondad, Conocimiento iluminado y Amor, un amor que es “voluntad de hacer felices y libres a todos los seres”--, son los dos atributos principales de Amitabha o Amidá, el Buddha de la Tierra Pura, que reina en el Paraíso del lejano Occidente, donde brilla el Sol de la Iluminación y donde todo resplandece como el oro. Amidá, a quien rinde culto la rama Shin o Yodó del Budismo Mahayana, es “el Señor”, el Padre-Madre, que libera con su luz y su bondad, cuyo simple nombre, al ser recitado con devoción, redime y salva al fiel que pone totalmente su fe en la misericordia y el poder redentor de este Buddha salvífico. Puesto que Amidá es el Señor y el Sol del Paraíso Occidental, una de las formas más usuales de meditar para los devotos de la rama Shin es colocarse en postura sedente mirando hacia el Oeste y contemplando el Sol que se pone en el horizonte, mientras se recita su bendito nombre. Con ello, el ser humano se llena de esa misma fuerza sabia y compasiva de Amidá.

*Prajna* y *karuna* son dos “fuerzas universales”, los dos más grandes poderes con que cuenta el ser humano, afirma Christmas Humphreys en sus documentados y profundos estudios sobre la vía del Buddha. Pero *prajna*, “sabiduría trascendente” o “intuición divina”, no es tal, puntualiza el citado autor, hasta que no se traduce en una disposición de ayuda y auxilio compasivo hacia todo ser viviente. Y *karuna*, la compasión, no es en realidad sino “sabiduría en acción” (*wisdom in action*); sólo es real y efectiva compasión si se halla guiada por la correspondiente sabiduría, pues, de lo contrario, puede resultar peligrosa y perjudicial, de efectos muy negativos.

Nuestra verdadera realidad, enseña el maestro zen coreano Seung Sahn, es “bondad espontánea”, “bondad innata”, una “naturaleza inmensamente compasiva dispuesta a ayudar a todos los seres”. Y añade que dicha bondad va unida a una “mente clara”, “la mente pura y limpia”, en la cual se refleja la verdad. De la unión de ambas fuerzas resulta la belleza, la belleza de la vida, la belleza interna y externa de la persona, la belleza que rebosa sabiduría. En estas tres palabras, con la honda realidad que encierran, está la clave de la vida libre, saludable y feliz: **verdad** (*jin*), **bondad** (*song*) y **belleza** (*mi*).

En el **Zoroastrismo**, la religión de la antigua Persia, el Ser Supremo, Ahura Mazda, “el Señor de la Luz” (*Ahura* = Señor, *Mazda* = Luz o Sabiduría), que se halla simbolizado por el Sol, es descrito como el Creador de todo lo que es bueno. **El Orden universal ha sido creado por Ahura Mazda, que le da vida, lo sostiene y mantiene con su Sabiduría y su Amor**, personificados por dos de las potencias divinas que son, respectivamente, *Vohu Manah* (“la Buena Mente”) y *Spenta Mainyu* (“la Inspiración benefactora” o “la Bondad activa”), las cuales se hallan también presentes en el ser humano. Misión del fiel mazdeísta es luchar sin cesar para mantener ese Orden sagrado, sabio y bueno, combatiendo contra las fuerzas del mal, la oscuridad y la mentira. Para ello cuenta con las dos grandes fuerzas que le vienen de Dios, de Ahura Mazda: la inteligencia y la bondad, la mente lúcida y la inclinación a hacer el bien. La ética zoroástrica anima a cultivar ante todo esa *Vohu Manah* o “Buena Mente” que lleva dentro de sí como herencia divina y que se nutre de la Verdad. Como explica R. P. Masani, en un libro ya clásico sobre la religión de Zaratustra (o Zoroastro), *Vohu Manah* significa “**el genio del buen pensamiento**, la más alta pureza mental que es capaz de alcanzar un ser humano”. Pero, al mismo tiempo, la ética mazdea recomienda cultivar virtudes como la actividad combativa al servicio del bien, la generosidad, **la compasión** (definida como “atributo y gloria suprema de los fuertes”) y **la caridad** (existiendo el mandato de “ayudar al prójimo que vive rectamente y con mente buena”). Un texto sagrado lo afirma tajantemente: “El sufrimiento y la desgracia caerán sobre aquel que carece de sentimientos caritativos”. Y en otro lugar se aconseja con no menos énfasis: “Sed sumamente benéficos [o benefactores] como lo es el Señor Ahura Mazda con su Creación”.

**El Taoísmo chino** nos habla insistentemente de **la Sabiduría y el Amor con que el Tao cuida de todos los seres del Universo**, surgidos de su seno materno y envueltos tan sabia como amorosamente en él, lo que hace posible la armonía universal. **El sabio taoísta** se nos presenta como la síntesis viviente de esa **conjunción de Amor y Sabiduría**, reflejándose así en su vida y su manera de ser el esplendor grandioso del Tao, todo ello plasmado en una actitud ante la vida llena de paz y armonía y sellado por una sonrisa que abraza tiernamente al Universo entero.

Podemos ver concretado este aspecto de la cosmovisión taoísta en la doctrina del Yin y el Yang, que tanta importancia adquiere en la cultura china. **El Yang**, el polo masculino, viene a equivaler a la luz, la inteligencia, el resplandor de la Sabiduría, el Cielo que ilumina, todo lo cual se presenta como fuerza vertical, mientras que **el Yin**, el polo femenino, está más bien relacionado con el amor, el calor de la afectividad, la delicadeza y la ternura, cosas todas ellas ligadas simbólicamente a la oscuridad, ya sea la oscuridad de la noche o la del seno de la Madre Tierra (la cueva o gruta donde se refugia el sabio taoísta teniéndola como hogar), que se corresponde a su vez con el elemento horizontal. **Es Yang la fuerza lógica y racional**, el eje o principio viril que con su verticalidad y rectitud jerarquiza, pone orden y aclara las cosas. **Es Yin el principio femenino que abraza con cariño materno**, de forma tierna y compasiva, asumiendo perfiles curvos para acoger y abrazar con más autenticidad, de manera más plena. Yin y Yang, Amor y Sabiduría, son las dos mitades que deben volver a encontrarse dentro del ser humano para que éste recupere su unidad, su integridad, la plenitud de su ser.

La unión del Yin y el Yang, representados dentro de un círculo, como **dos mitades** o dos fuerzas fraternas, **una de color blanco y otra de color negro**, que se interpenetran, se atraen, se abrazan y funden entre sí como en un continuo movimiento unitivo y envolvente, forma el símbolo del *Tai-Chi* (o *Tai-Ki*), el bello y potente emblema del Tao. Esta figura circular, en la que queda plasmada simbólicamente la unidad o totalidad perfectamente integrada, la “síntesis de los opuestos” o, más bien, la fusión de los polos complementarios, puede interpretarse, en la perspectiva que aquí nos interesa, como la armonía plenamente lograda de la Sabiduría y el Amor. Con respecto a los colores simbólicos de las dos mitades del *Tai-Chi*, blanco y negro (aunque también puede ser a veces rojo y azul oscuro, como en la bandera de Corea), cabe señalar que **el color blanco** representa la luminosidad, la claridad, **el resplandor diurno que nos permite ver las cosas**, la luz del amanecer que nos hace despertar (el despertar o nacer a la vida inteligente), mientras que en **el color negro** podemos ver figurado **el manto maternal de la noche que nos envuelve amorosamente** para que podamos dormir y descansar (tendidos en posición horizontal) y cuya brisa nos acaricia con ternura, sembrando el alma de sutiles e inspirados mensajes, para que así puedan luego brotar y salir a la luz con fuerza creativa las grandes ideas.

En la tradición hindú la disciplina espiritual o *sadhana*, en cualquiera de los distintos caminos que se ofrecen al ser humano según su vocación y temperamento, se esfuerza por coordinar los dos elementos fundamentales que son *Vidya*, la visión intelectual, la visión sabia y certera, que tiene como fruto la cualidad llamada *viveka*, “conciencia discriminante” (o sea, la capacidad de distinguir o discriminar entre lo real y lo ilusorio, entre lo verdadero y lo falso, entre lo valioso y lo carente de valor, entre lo esencial y lo accesorio o superfluo) y que culmina en el *Jnana*, la Gnosis o supremo Conocimiento, y *Prema*, el amor, el cariño y el afecto, que tiende a asumir la forma de devoción, de entrega total, de sacrificio y ofrenda, culminando así en la *Bhakti*, el camino del amor místico y la entrega plena a la Divinidad.

La presencia de estos dos valores tan esenciales se considera una condición indispensable para cualificar a un guru o maestro espiritual. Como certeramente indica Richard Freeman, en un excelente libro sobre los fundamentos del Yoga, los auténticos gurus poseen una aguda intuición o penetración intelectual (*insight*) que va unida a un gran amor hacia todo ser humano, “un amplio y firmemente arraigado sentido de la compasión”. Swami Muktananda, en uno de sus bellos poemas, exclama: “Cuando tu intelecto se vaya afinando [se torne sutil], / se fundirá con el Testigo interno. / Te unirás con amor, / y beberás el néctar de la devoción”. Sin amor, enseña el mismo Muktananda, todo se reduce a cero, incluso un sabio o un yogui sin amor no es nada, es igual a cero; pero con el amor uno puede llegar a quedar establecido en la experiencia del “Yo soy Eso” (*So’ham*), que es la cima y la esencia de la Sabiduría, teniendo una consciencia continua de esa identidad profunda con el Ser, con Eso, con lo Absoluto, “después de alcanzar el entendimiento correcto de ello”.

La misma visión de la unidad entre la Sabiduría y el Amor, o entre la Inteligencia y la Bondad, encontramos entre los **pieles rojas de Norteamérica**, que ven en **la bondad y sabiduría de Wakan Tanka**, “el Gran Espíritu”, “el Padre que está en los Cielos”, con su amorosa atención hacia todas las creaturas, el modelo a seguir por el hombre en su peregrinar terreno. El guerrero sioux, comanche, cheyenne, crow, arapaho, pawnee, creek, piesnegros, dakota o apache sabe que, para poder cumplir su destino y misión en esta Tierra, ha de comportarse con la misma **solicitud sabia y amorosa hacia la Creación entera**, con la misma ternura y el mismo respeto hacia todos los seres. A los “rostro-pálidos” con los que se vieron enfrentados en condiciones tan trágicas, los indios echarán en cara –además de mentir, no respetar su palabra y no cumplir con lo prometido (tener una lengua bífida)-- y que no aman a los seres con los que conviven en la Naturaleza, que no aman ni respetan a la Madre Tierra, lo cual, a su juicio, constituye un comportamiento poco inteligente, siendo un síntoma de impiedad, de estupidez y de ignorancia.

Conviene no olvidar, a este respecto, que en la teología cristiana, Sabiduría y Amor, aparecen como **los dos atributos o aspectos principales de Dios**. Son las dos cualidades esenciales de la Realidad divina, del **Sol eterno**: la Luz y el Fuego, **la luz de la Sabiduría y el fuego del Amor**. Al igual que el Sol, el Astro rey, está formado por la unión de luz y fuego haciendo posible la vida sobre la Tierra con la luminosidad y el calor que irradia, Dios, el Sol divino y eterno, crea y mantiene también el Orden universal mediante la Luz y el Fuego que emanan de su ser. Como Sol sobrenatural, ilumina el Universo con la Luz de su Inteligencia y Sabiduría, al tiempo que lo mantiene en vida y en orden con el Fuego de su Amor y su Bondad. De ahí que el Sagrado Corazón, símbolo del Centro del Cosmos, sea representado rodeado de rayos luminosos y de llamas, los rayos de la Sabiduría divina que iluminan la inteligencia humana y las llamas del Amor que confortan y purifican el alma del hombre. Y puesto que el ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios, en él han de estar también presentes esas dos cualidades, configurando su misma esencia, su ser más íntimo.

Comentando la doctrina de Santo Tomás de Aquino y resumiendo su hondo contenido filosófico y teológico, el teólogo Réginald Garrigou-Lagrangé escribe: “**Dios es como el Sol que debe esclarecer nuestras inteligencias y nuestras voluntades** en su ascensión hacia la vida eterna, hacia la visión inmediata de la Esencia divina”. Sin la presencia y la acción de ese Sol superno no podrían funcionar como es debido ni nuestra inteligencia ni nuestra voluntad. De Él viene toda la fuerza, la energía y la inspiración que nos permiten no sólo conocer, entender, comprender, pensar y razonar, ver y aprender, sino también querer, amar, desear, decidir, actuar y movernos dentro del orden. Sin abrirnos a su influencia sabia y amorosa nos será imposible iluminar y calentar nuestras vidas, dando luz y calor a cuanto nos rodea.

Santo Tomás de Aquino ha mostrado que **el intelecto y la voluntad se necesitan** entre sí. No sólo se necesitan, sino que **se condicionan y se ayudan** para llevar a cabo sus funciones respectivas. “Estas dos facultades se envuelven recíprocamente”, afirma en el tratado *De Virtutibus*. Señala que unas veces es el intelecto el que precede a la voluntad y la mueve, pero otras veces es el intelecto el que sigue a la voluntad, siendo movido por ella para conseguir la perfección en su ejercicio. El Aquinate subraya cómo las virtudes del intelecto (inteligencia, ciencia, sabiduría, arte y prudencia), no pueden existir sin el apoyo de la voluntad. Para que la inteligencia se desarrolle y actúe como es debido, **no basta estar en condiciones de conocer la verdad**, poder captar o ser capaz de conocer esa verdad que es el bien del intelecto, **hay que querer además conocerla**, hay que estar decidido a abrirse a ella y a aceptarla, hay que amar la verdad. Es necesaria la intervención de la voluntad. Hay que tener voluntad de verdad. De la misma forma que para obrar bien hay que tener la voluntad de hacerlo; no basta con conocer los principios de la acción buena, justa y correcta.

El benedictino Augustine Baker, místico inglés del siglo XVII, recomendaba tener muy en cuenta, a la hora de emprender el camino espiritual, los dos factores que intervienen en la vida de todo ser humano: el conocimiento y el sentimiento, el entendimiento y la voluntad, **los pensamientos y los afectos** (*knowing and affecting*). Por un lado, “las afecciones de la voluntad” y, por otro, “la razón y la imaginación”. Baker subraya que para lograr “un alma con buena mente” (*a well-minded soul*), la sensualidad ha de estar sometida a “nuestra razón superior” y “nuestra superior voluntad”, las cuales deben poner orden en el caos provocado tanto por los deseos sensuales como por la inestabilidad y obstinación de la imaginación. Tenemos que guiarnos por “la luz de la razón”, pero sobre todo hemos de abrírnos a “la clara y superior región de la luz”, donde resplandece “**la luz divina**” (*divine light*) y arde “**el amor divino**” (*divine love*). Sólo así será posible que brote en nuestra mente esa “luz interior” (*internal light*) que es consustancial a la vida espiritual, y que va inseparablemente unida al amor, pues “la medida de la luz” depende de “la medida de la caridad”.

También Benjamin Whichcote, eminente filósofo inglés, integrante de los llamados Platónicos de Cambridge, grupo intelectual de gran altura que enarboló la bandera de la sabiduría y la tradición espiritual frente al ambiente de agnosticismo y racionalismo que comenzaba a apoderarse del alma de la nación inglesa en el siglo XVIII, insiste en el imperativo de unir “**la perfección de la bondad**” a “**la perfección de la sabiduría**”, y como resultado de ambas “la perfección del poder”, para llegar a la unión con Dios, que es tanto como decir conseguir “el bien más principal” y lograr la vida plena y feliz.

## 8. No hay inteligencia sin bondad

He aquí, pues, los dos resortes que nos han de permitir enfocar nuestra vida con acierto y vencer todas las dificultades que encontremos en el camino: sabiduría y amor o, lo que viene a ser lo mismo, inteligencia y bondad. Si nos alejamos de cualquiera de estos dos polos o ejes, si no los desarrollamos o dejamos que se apaguen, nuestra vida se volverá inhumana, triste y deplorable.

Gracias a la sabiduría y la inteligencia podemos comprender la estructura y sentido del mundo real, entender el funcionamiento de la Vida y del Universo, descubrir la relación o conexión entre sus diversos aspectos, niveles y dimensiones, así como las leyes y normas a las que están sujetos los distintos planos de la realidad, pudiendo así adecuar nuestro comportamiento a dicha realidad y conseguir por tanto la mayor eficacia en todas nuestras acciones e iniciativas.

Gracias al amor y la bondad nos esforzaremos por conseguir todo lo bueno, lo verdadero y lo bello que nos sea posible y nos entregaremos sin titubeos a la realización de los más altos valores, aquellos que hacen la vida digna de ser vivida. Amor y bondad nos impulsarán a la búsqueda del bien en todo instante, tanto para los demás como para nosotros mismos, sin lo cual nuestra vida quedaría sin sentido.

Conviene precisar que, ya nos fijemos en uno u otro de estos dos binomios positivos y vivificantes, se trata de dos fuerzas que, como antes decíamos, se complementan, necesitan y apoyan mutuamente, no pudiendo darse la una sin la otra. La inteligencia necesita de la bondad para ser realmente tal, para funcionar bien y ser una buena inteligencia, al igual que la bondad requiere de la inteligencia para estar realmente centrada en el bien, para no desviarse y convertirse en una falsa bondad.

Sabemos hoy con toda claridad que, como dice Julián Marías, la inteligencia tiene raíces morales; es decir, que se alimenta del bien: una manera correcta de actuar y de vivir despierta, estimula y aviva la inteligencia. Una conducta incorrecta, inmoral, desconsiderada, irresponsable o arbitraria, que no se atiene a lo que debería ser normativo para ella, hará que la inteligencia se eclipse, se ofusque o se entenebrezca no pudiendo funcionar con toda la claridad, la agudeza y el acierto que son propios de su naturaleza.

De la misma manera la sabiduría no puede existir separada del amor y de la bondad, que son su caldo de cultivo, su raíz o savia vivificante. No es concebible un sabio lleno de odio o de maldad. Su misma actitud odiosa, malvada o perversa, demostraría que es muy poco sabio. El amor y la bondad son el terreno en el que germina, crece y florece la vida sabia. El amor, a su vez, necesita de la sabiduría para ser verdadero amor, para crecer y encauzarse como es debido, para no descarriarse en posturas desviadas y dañinas que, como tantas veces hemos podido comprobar en la vida, constituyen formas equivocadas de amar, las cuales en vez de crear bien y bondad causan malestar, daño y dolor, tanto en uno mismo como en el prójimo al que uno dice amar.

No hay inteligencia verdadera que no esté animada, encendida y avivada por el calor del amor, por la llama viva de la buena voluntad, por el fuego de la pasión positiva y benigna, por la temperatura afable de la benevolencia y la bienquerencia. Y no hay verdadera bondad que no esté iluminada por la luz de la inteligencia, por el resplandor de la Sabiduría. La mía sólo será una buena inteligencia, si es una inteligencia buena, llena de bien y de bondad. Y no tendré verdadera bondad en mi persona, en mi comportamiento y en mi vida, si no soy inteligentemente bueno, si adopto ideas o actitudes necias, estafalarias o caprichosas, irracionales o poco sensatas.



Sin el fuego del amor, la inteligencia se volvería no sólo fría, egoísta y estéril, sino también obtusa y cerril; poco o nada inteligente, en suma. Y resultaría, sin lugar a dudas, problemática, peligrosa y temible, quedando en simple astucia o listeza egoísta, capacidad mental para manejar datos, para engullir saberes, para ganar dinero, para escalar puestos o acumular poder. Algo quizá muy valioso para medrar y salir adelante en la dura lucha existencial, que me puede ayudar a quedar por encima de los demás en la refriega cotidiana, pero que resultará más bien nocivo para mi propia vida personal, para mi integridad y mis propios intereses íntimos, juzgados desde una alta perspectiva.

Por su parte, la bondad, sin la luz intelectual, degeneraría en otras cosas que de bondad sólo tienen la apariencia: estúpida y ñoña sensiblería, blandengue sentimentalismo, simpleza atolondrada, moralismo superficial o hipócrita. Carente de la orientación que proporciona la sabiduría, la bondad corre el peligro de devenir en simple buenismo, el cual a su vez suele servir de máscara o disfraz para la maldad, para la mala conciencia o las malas intenciones. Privada del necesario apoyo de la inteligencia y la sabiduría, las buenas intenciones y los buenos propósitos pueden dar lugar a muchos males, que después habrá que lamentar y será difícil corregir.

Una buena inteligencia sabe ver la importancia de la bondad y del amor, para los que descubre continuas posibilidades nuevas y nuevos caminos. De la misma forma que la auténtica bondad se entusiasma por lo que la inteligencia le muestra, por lo que la inteligencia ve y tiene que ver, por aquello que esta última está llamada a descubrir o desvelar, sirviéndole así de acicate y estímulo.

Procuremos, pues, cultivar al máximo, con todos nuestros medios, esos dos pilares tan decisivos, desarrollándolos de manera inteligente y amorosa. No descuidemos ni un solo instante para afianzarlos bien en nuestra persona, en nuestra manera de ser y de vivir, pues de ello dependerá el logro o malogro de nuestra existencia, la felicidad o la desgracia que nos esté reservada.

[NOTA: Seguiremos con este tema en una próxima entrega.]